

COLECCIÓN
VIDA BANDIDA

LA CALLE DEL EROS



LARISA CUMIN



VERA editorial cartonera

LA CALLE DEL EROS



LA CALLE DEL EROS

COLECCIÓN
VIDA BANDIDA

LARISA CUMIN



VERA editorial cartonera



FOTOGRAFÍA: MARI HECHIM

Llego a su casa y no está. Alguien me dice que lo busque a la vuelta, entonces voy hasta la esquina. Lo veo salir de un pasillo más allá, en cuero, flaco y alto como siempre, el jean le baila en la cadera y tiene el pelo más largo que lo habitual, va agarrado de un chivo blanco con cuello y copete negro. ¡El Fer está caminando otra vez! Me lleno de alegría. Va por una calle de tierra, lisa, abovedada y al fondo se ve el mar. Algo no encaja, no entiendo. Estoy soñando.

En mi sueño el Fer ya no vivía cerca del río, usaba un chivo con colores de cisne como muleta y se parecía mucho al Caeteano Veloso de los setenta. En ese momento, yo estaba por viajar a Santa Fe y hacía como dos o tres años que cada tanto le escribía para ir a visitarlo. A veces él me decía que sí, que pasara, y al rato que mejor lo dejemos para otro día. En ese momento era yo la que había abandonado el río, y desde una cama en Mar del Plata soñaba con una geografía móvil donde las calles y las orillas santafesinas recibían el embate de las olas. Soñaba, además, con quien había sido mi maestro cuando empecé a darle bola a escribir.

Había escuchado hablar de Callero antes de conocerlo. Durante mucho tiempo lo nombré por el apellido, como se nombra a los extraños que todo el mundo conoce, pero con

los que no hablaste nunca, mucho más adelante se convirtió para mí en el Fer y simplemente el Fer. Recuerdo fuertemente dos anécdotas de pasillo universitario: que lo habían echado de la facultad por gritarle a una profesora que ella era un quiste en esa institución y que lo habían apartado de la escuela secundaria donde daba clases porque se había divulgado un video donde cantaba desnudo.

La primera vez que lo vi fue justamente en un video cantando: «tengo un avión con motor carenado, y no es un avión», y al poco tiempo lo fuimos a escuchar tocar en la S de Boulevard. Brillaba y agitaba desde un escenario demasiado alto —siempre muy arriba—. Era un rockero indie pop del litoral. Su público lo amaba. Sus amigos lo amaban. La banda se llamaba Salvador Bachiller. Debe haber sido esa la primera vez que lo vi en persona. Estoy casi segura de que fue en 2007 y estábamos en primer año de la carrera de Letras. No googleé, ni quise preguntarle nada a nadie sobre esto. No todavía. Los mitos no se chequean. Son un paso más allá de los chismes, no tienen original, son puro origen y una puede tocar de oído.

Conocerlo, lo conocí en 2008 en la ciudad de Santo Tomé en lo del Javi Guipponi, un compañero de facultad que hacía artes marciales y manejaba un remis —tenía un proyecto de hacer poemas con las charlas que le sacaban los pasajeros—. Con él y el Santi Pontoni estaban pensando armar una editorial, lo que luego sería Ediciones Diatriba (unas de las primeras independientes de libritos de poesía en el litoral de los dosmil). Esa noche el Fer bailó un montón, y en un momento el Javi paró la música y lo presentó al contingente de primer año de letras. El Fer sacó de un bolso *El espíritu del joven Borja* y se puso a leer fragmentos. Acababa de publicarla y había ganado un premio. Después de tirar unos pasos, intentaron vendernos el libro. Nadie tenía un mango, bebida había a rolete.

Llegué al Fer por Pascual, profe de la facu y editor del periódico *Pausa*. Un día, charlando, me recomendó

hacer taller con alguien que escribiera posta, y pensando me habló de Callero. Yo estaba terminando el profesorado de Letras. Al poco tiempo vi un *flyer* en Facebook donde publicitaba su taller «Flogisto». Lo llamé y quedamos; una siesta me tomé la C negra y crucé el puente carretero. La noche anterior le había mandado algunos poemas por mail. Hacía tiempo que no iba a Santo Tomé en pleno día. El lecho del río Salado es tan ancho en esa parte y estaba tan bajo, había tantos hilos de agua que yo no podía entender cómo ese mismo río se había comido media Santa Fe en el 2003.

El Fer vivía a la altura de los cuarteles, a la vuelta de la casa de Leo Mattioli (un león de cemento era la referencia). Ahí había que tocar el timbre en el colectivo para bajar en la esquina y después caminar dos cuadras para adentro por calle de tierra.

No puedo acordarme de qué pasó la primera vez que fui a su casa, tengo dos recuerdos que se contradicen. En el primero, no me abre la puerta, yo lo llamo varias veces hasta que decido irme y él me escribe recién cuando ya llego de vuelta a casa. En el segundo recuerdo, me espera recién bañado con un equipo de gimnasia Adidas y el mate recién armado. Mis poemas están impresos y subrayados en la mesa. Empieza a hablarme de uno al azar y no para de sacar libros de los estantes que tiraban un olor dulzón, mezcla de humedad, agua salitrosa y morrugas de faso. Ninguno de los recuerdos es falso, solo uno dice la verdad.

Pero de la primera vez que entré efectivamente a su casa me acuerdo que editamos juntos un poema cambiando versos de lugar, podando, buscando sinónimos, y que me nombró a un montón de gente que escribía y era de la zona, me mostró *blogs*; me acuerdo que esa tarde aparecieron algunos nombres que yo ya había escuchado: Rosina, Analía, Carina. El Fer me daba taller en la mesa de la cocina, corría el tabaco, el porro, los libros, los papeles y los lápices de colores; todas cosas que llenaban de pelusa la mesa. Empezaba mientras la pava iba tomando calor, la yerba se ponía flúo por el agua santotomesina. A veces cebaba directamente desde la pava, otras desde un termo rojo. Me leía todo el tiempo, todo tipo de cosas, abría libros,

blogs, archivos, fotocopias; más de una vez no encontraba lo que quería leer y terminaba puteando al que no lo devolvió.

El patio era como él. Estaba como él estaba; las naranjas lo hacían feliz, los yuyos, cuando altos, tapaban demasiado, pero eran libres en su alboroto. Los ejemplos de metáforas y poemas objetivistas muchas veces eran sobre el patio. Hablamos y leímos muchas cosas, algunas veces yo no llegaba a entender, me mareaba, pero lo dejaba seguir. Me encantaba escucharlo hablar. Algunas cosas las tengo tan incorporadas que ahora me parecen obvias, como leer los poemas una y mil veces, escucharlos, dejarlos sonar, contarle las sílabas con los dedos sobre la mesa, agregar los errores de la lectura a la escritura, tachar, podar, sustituir, mirar la forma del poema como si fuera un dibujo. Cuando se movía parecía que pensaba más rápido, pensaba mientras hablaba, hablaba mientras se movía.

Tomé apuntes de esos encuentros en un cuaderno marca Avon tamaño universitario. Pero las notas están sueltas y es muy poco lo que puedo rescatar. Lo primero que encontré entre las hojas de notas de su taller fue un apunte de versificación española que tiene el sello de la Fotocopiadora de la Facultad de Humanidades. Sobre lo impreso hay cosas escritas a mano en los márgenes y entre los renglones. Algunas anotaciones son mías. Pero hay otra letra cursiva a lápiz apretado que se acomoda y aprovecha los intersticios de una forma increíble. En un momento la letra se topa con mi nombre escrito con birome al pie de página, entonces le pasa por arriba y vuelve a bajar para continuar con el reglón. La letra del Fer se mueve como un Súper Mario sobre la hoja y lo escrito.

Hay una página donde escribí un montón de anagramas de mi nombre. No sé si fue un delirio mío, o una actividad que me propuso él para luego armar un poema. Ahora imagino anagramas y cortes en el suyo: Cal, Calle, lero-lero, eroS. La calle del Eros.

Una de mis primeras anotaciones dice: «Durand no es poesía de los noventa; es más contemporáneo que Rubio». Y la última: «Leer otra cosa, no literatura. Por ejemplo bioética. Buscar otros temas. Para enfrentarse a otro estado de la lengua». A veces mientras iba hablando y se le ocurría algo bueno, me pedía que lo escribiera textual y empezaba a dictarme. Jaja.

Entre los apuntes encontré también un cadáver exquisito que hicimos juntos. Hay unos versos geniales que son (salvo la primera parte en la que le doy pie) 100% *made in Callero*: «Íbamos barriendo las calles con las zapas/ (...) del horizonte aupado en la luna llena/ (...) Guardar cada cosa en su lugar y en vos esparcir». En vos esparcir. ¿Cuánto del Fer aún se esparce en nosotros?

Pero llegan también a mí momentos, poemas, dichos, detalles de nuestras charlas de forma desordenada y fragmentaria. Ante la imposibilidad de coser todo esto, los dejo así como pequeñas postales o posteos.

Lo que sigue, entonces, es mi *Me acuerdo* de las lecciones o de los encuentros con el Fer.

El taller se llamaba «Flogisto» que era el nombre de una teoría caduca y la prueba de la fuerza del lenguaje. George E. Stahl había inventado el flogisto para explicar la combustión de las cosas. Si algo se quemaba muy rápido era porque tenía mucho flogisto. Al Fer ese delirio le encantaba.

En un encuentro hablamos de las formas, de la cultura, de la arquitectura, de la diferencia de los arcos, de lo ojival que era todo para los árabes, de las vaginas, de las puertas, de las fuentes, de los ojos, de mis ojos.

Un día estuvimos una hora hablando de la palabra inundar. Yo había llevado un poema que decía algo así como: subo al cole con un kilo de

frutillas y lo inundo. A él no le convencía la hipérbole, ni lo obvio de la metáfora ya hecha, ni esa palabra que a nosotros nos lleva a otro lado.

Una vez me dijo que la literatura era un estacionamiento, algunos textos iban quedando ahí y se decía: esto es la literatura.

Otra vez me dijo: me gusta la forma de este poema, ponelo un enter acá así le queda un piccito. Después agarró la hoja y me la puso enfrente un poco lejos como si fuera un examen de oculista. «Parece una cabeza de la Isla de Pascua, ¿no?».

Una tarde me pidió que dejara de leer a Idea Vilariño que era una mierda. No es una mierda y tampoco creo que él lo haya creído, pero yo la tenía muy pegada y me vino re bien ponerla en suspenso.

Un día me hizo copiar un índice entero de una antología de poetas mujeres argentinas y me pidió que las busque, que las googlee y las lea. Están anotados todos los nombres con una birome fucsia que yo usaba para corregir en la escuela porque me parecía más simpática que el rojo y creo que se la regalé o él se la quedó.

Una vez me propuso hacer una lista de las cosas con las que yo creía que estaba escribiendo. Cuál era mi materia prima, creo que fue su pregunta.

Más de una vez me quedé parada un rato en la puerta porque el Fer no se levantaba o se olvidaba de que yo iba ese día.

Una tarde nos hizo dibujar un poema con acuarelas y nos sacó fotos desde arriba. La consigna era eso: pintar un poema. Darle forma, color, temperatura. Después mirarlo, pensar, y recién ahí: escribirlo.

Un día me pidió que escribiera ahí mismo. El ejercicio era hacer un poema-esquela, reescribir el poema de las cerezas de William Carlos

Williams. Me mostró uno que acababan de escribir Gonza Vega y Rosina, que habían pasado antes que yo y que era muy gracioso. Y después charlamos de la grandiosa apropiación de Pontoni: «me manduqué los hongos que había en la conservadora...». No me salió nada bueno esa vez.

Me acuerdo que me mostró un poema que había escrito la noche anterior. Había estado dándole vueltas a un verso. Tenía una imagen donde un rayo caía sobre un borracho. Quería que fuera algo casual, arbitrario, que el rayo caiga sobre algo que deambula, que anda por ahí y chán. Me dijo que antes había puesto un árbol pero que el árbol estaba fijo y no le servía, que pensó poner un perro, pero no, que un borracho era algo aún algo más aleatorio, más sin razón.

Un día hablamos de la palabra escandir. Escansión, según el Fer venía de *escanciar*, distribuir las sílabas en el verso como la sidra en los vasos.

Una vez cuando ya me había ido y caminado una cuadra y él cerrado la puerta con llave, volvió a salir para gritarme que le diera bola a un pibe.

Leía en Facebook como leía de todo. Un día llegué al taller y antes que nada me dijo que deje de querer hacer poesía social, que me salía mal y que leyera menos a Blajakis (yo había compartido un poema de él en mi muro). La corrección política para el Fer no llevaba a ninguna parte, o mejor dicho nos lleva a un lugar de mierda, fascista y controlado.

En el living de su casa había un sillón hecho con cubiertas de auto y elásticos, muy cool, parecía cómodo. No recuerdo si alguna vez me senté, sí sé que me moría de ganas. Con el tiempo se fue rompiendo. También había un futón. Un día estaba cubierto con una manta tejida preciosa, me estaba yendo cuando la vi y le dije que qué linda. Me contó que se la había regalado su mamá junto con la bufanda

que tenía puesta, que ella era así, que no sabía expresar el amor o algo por el estilo, pero que les tejía y esa era su forma de abrigarlo, cuidarlo. No sé si eso fue tal como lo recuerdo, porque de alguna manera me apropié de esa idea para pensar en las formas de dar amor que tenía mi abuela.

Un día lo encontré triste y enojado, se acababa de enterar de que había aparecido muerto un profesor en su propia casa. Era un crimen homofóbico, pero el diario no decía eso, no usaba esas palabras, y condenaba a la víctima. El Fer que hasta entonces siempre había sido muy delicado conmigo, esa vez se tragó el decoro y me dijo medio llorando: un día vienen, nos cogen, nos roban y nos matan y después escriben mierda, somos una basura para ellos.

Me acuerdo que defendiendo la brevedad de los poemas me contó que conoció a Spinetta y aprovechó para regalarle su novela. El flaco le había dicho algo como qué raro, ¿quién se pone a escribir una novela hoy en día? O quizás era ¿quién se pone a leer una novela ahora?

Un día me hizo ponerle signos de admiración a un verso y se reía, pensaba que iban a decir «esta está loca». Y también me editó un verso en vez de «ella es tan dulce», me hizo escribir «*she's so cute*», para hablar de una enfermera.

Me acuerdo que quedó encantado con la tipografía en la que yo había impreso mis poemas. Era la que por defecto ponía mi computadora, y parecía escritura de máquina o letra de cómputo, esa de las máquinas de los ochenta-noventa.

A veces le tocaban el timbre sus amigos del barrio y él les abría y les pedía que esperaran porque estaba trabajando. Ellos salían al patio a fumar o se quedaban por ahí tocando unos temas o armando un porro. Más de una vez me hizo leerles los poemas y les preguntaba qué pensaban.

Una tarde lo encontré chinchudo, se le había bloqueado la *netbook* de Cristina y le habían quedado unos poemas adentro. Estaba tan feliz con esa *netbook*. Había escrito todo *Etolia* ahí.

A las once de la noche me llamó una vuelta. Yo había llegado de barrio Yapeyú, la punta opuesta de la ciudad, a donde laboraba dando clases en una escuela para adultos. Él estaba enojado y me decía que si no me gustaba su casa que no fuera más. Estaba ofendido y eufórico. Yo no entendía. Que si no me gustaba que dejara de ir, y que si le tenía que decir algo que se lo dijera de frente y que el cerco no recibía energía ni había matado a nadie. Estaba borracho y bardero. Se escuchaban risas y música de fondo. Estuve un rato pensando y dándole vueltas hasta que me di cuenta de que yo había hecho un posteo sobre los prejuicios sociales usando una metáfora barata sobre alambres de púas electricificados. Y que él se lo había tomado literal. El tapial rojo de su casa remataba en un rollo de alambre de púas y tenía un cartel que amenazaba con tener corriente. Yo había visto caminar muy orondo por ahí a su gato. Lo llamé y no atendió. Al otro día traté de explicarle que nada que ver y casi sin escucharme me preguntó cuándo iba de nuevo.

Tenía un gato que se llamaba Pichí, por el pajarito de Heidi, todo amarillo y mimoso. Cuando era invierno se me sentaba upa mientras el Fer charlaba. Una vez lo vi con la cara medio abierta. Pichí tenía el reflejo de tomar teta y amasaba y chupaba mantas y pullovers. «Salí asqueroso», me parece escuchar que el Fer decía, «lo destetaron de muy chiquito». Pichí tenía el impulso de salir de noche y a veces volvía roto. «Si sigue saliendo tanto me lo van a matar», me parece escuchar que sigue diciendo, sé que la memoria graba y después tergiversa, reversiona. Pero el Fer en mi cabeza suena así.

Tenía una campera de alpaca anaranjada flúo de esas que se compran en el norte y que seguro trajo de sus viajes por Bolivia, Perú y Ecuador de los que escribió en los diarios que salieron en *Erizo*. Tengo un ejemplar de ese libro que me regaló porque tenía una falla.

Una mañana leímos *La Gran Salina*. Era más temprano que de costumbre y el sol entraba por la ventana del frente e iluminaba el escritorio. Yo ya había leído a Zelarayán, pero por algo sentí que esa vez lo estaba haciendo por primera vez. Leímos entre los dos en voz alta, yo seguí cuando él se cansó. Lo emocionaba ese poema, lo emocionaba escucharlo sonar como una canción que te hace bailar. Le seguía el ritmo con la pata, tenía un pantalón de gimnasia. «Escribí más largo», me pidió, «dejá que se te escape».

Me acuerdo que una vez lo acompañé con otros amigos y alumnos de taller a una lectura en Paraná. Era en un local de la juventud Comunista donde Pariente editora tenía su taller o algo así. Leyó poemas de *Al rayo de Sol*. Y le pasó a Ana Wandsik los nombres de algunos de sus alumnos para que armara la grilla de lecturas de esa noche. Viajamos de vuelta en el último Etacer que conseguimos de casualidad yendo a la terminal. Esa noche caminamos un montón y hacía frío. Yo casi no conocía a nadie, pero veo las fotos y veo que estaban Ana, Maxi, Lucas, Monti, el Gonza, Ariel, Rosina, Joaquín, Kevin... ¿Estaban también Agus, Dai y Dovichenko o se me confunde con otra noche?

Con varias personas que íbamos a su taller y otros amigos armamos por 2015 La Chochán, un grupo de poesía para organizar lecturas. El Fer y Potoni abrieron la primera noche en Ochava Roma. Hay una foto que en mi cabeza tiene movimiento. El Fer baila moviendo sus patas flacas de un costado para el otro mientras hace de una criolla cualquiera una eléctrica sacada. Usa una remera de red roja sobre otra negra. En un comentario de una foto de La Chochán que decía «Mesita editorial», el Fer escribió: «me excita el litoral». Desde entonces comenzamos a llamar así a las mesas de venta de libros independientes. Con esa sola frase se estaba apropiando de un meme sobre una canción de Amar azul: «la cumbia me divierte y mesita» y estaba haciendo una corrección poética. Leer mal, a veces, es leer bien.

El Fer era un faro, un príncipe que vivía en un castillo rojo en el barrio Villa Adelina y tejía redes entre todos. No puedo imaginarlo sin sus amigos. Que a la bajada del sol iba a remar con la Ceci, que Carina le había pedido una contratapa y que él no sabía qué decirle porque no sabía si el libro iba a gustarle y que al final le encantó, que Leti y Anibal habían ido a visitarlo el día antes, que la Mari tal cosa. Estaba todo el tiempo hablando de sus amigos. Hablaba de su hijo, de su familia, de su gato, de músicos y de poetas, todos eran sus amigos.

Unos días después del accidente lo fui a ver al hospital. Pasé solo un ratito, estaban su hermano y sus amigos, más tarde llegó Simón y me fui. Nadie lo podía creer. Uno de los chicos que habían estado con él esa noche no paraba de narrar lo que pasó. El Fer había salido en bici a buscar a un amigo y no volvía, los había dejado encerrados y cuando pararon la música empezaron a escuchar sus gritos. No sabían qué pasaba, qué hacer, ni cómo ayudarlo. Se había caído en un pozo no señalizado en medio de un baldío por donde la gente solía acortar camino. Creo que yo lo había visto esa misma semana, sino esa misma tarde.

El segundo piso de su casa se volvió inútil con la silla de ruedas, el baño de abajo de la escalera era demasiado chiquito y no tenía ducha ni bañera. Una de las paredes que él había dibujado con un corazón azul ya no estaba, la habían pintado de blanco. Su casa, sin eso, me resultaba rara.

Sus amigos se encargaron de juntar fondos para sus tratamientos. Pedían plata, vendían sus libros, sus dibujos. Una vez organizaron la Ferfest en la Ochava Roma. Esa noche bailamos, leímos, tomamos y tocamos para y por el Fer que nos mandó saludos, pero no pudo ir.

Hace unos años, la Mari Hechim publicó una foto del Fer dándole la mamadera a Simón. Y yo, que en ese entonces tenía a mi bebé re chiquitito, me la guardé en la computadora. A veces buscando otras fotos, la encuentro y me llena de ternura.

La última vez que lo vi creo que fue en Del otro lado, esa librería que es un poco una casa para los escritores del litoral, como lo fue también la Ochava Roma para la lectura que se armara. Este verano la posibilidad de verlo y tomar unos mates con él ya no existe, para mí ni para nadie. El último tiempo casi no hablamos, no sé por qué no le conté que había soñado que era Caetano Veloso, le hubiera gustado, se hubiera reído. Lo último que me dijo, me lo escribió en el muro: «Feliz cumple, Lari mamá».

Sueño, ahora, con una fiesta interminable, entre los flashes de las luces aparece —cada vez con una camisa o remera diferente— el Fer. Baila y agita con las manos arriba, sonrío y sacude la cabeza. A las demás personas no les veo la cara. Me despierto, mi bebé duerme en la cuna, estoy feliz y cansada, bailé toda la noche después de una larga pandemia. Durante el día me entero que se acaba de cumplir, ya, un año de su muerte —no entiendo cómo el inconsciente se las arregla para saber esas cosas, si cuando estoy despierta no sé ni en qué mes estamos—. El Fer era el alma de la fiesta, esa era su fiesta: el Fer está en su paraíso y es puro bardo.



LARISA, FER Y AMIGAS LUEGO DEL TRABAJO DE TALLER.
APARECEN: LARISA CUMIN, PAULA YÓDICE, ÁNGELES
INGARAMO, PAMELA BORTOLI, FERNANDO CALLERO,
EMILIA SPAHN, CELESTE ABBA Y EMILIA CHARRA.



LARISA CUMIN

Nació en Santa Fe en 1989 y reside en Mar del Plata. Publicó los libros *La gran avenida* (Vera Cartonera, Santa Fe, 2020), *La escapista* (Club Hem, La plata, 2018), *Flaquito* (Corteza, Santo Tomé, 2014). Integró el grupo de difusión poética La Chochán. Es Magíster en Escritura Creativa (Untref) y dicta talleres de escritura para adultxs y chicxs. Dirige la colección de crónicas Quiloazas—de esta editorial—y escribió la columna «Ladelengua» para periódico *Pausa*.



FERNANDO CALLERO

Músico, escritor y dibujante, nació en Concordia en 1971 y murió en Santa Fe en 2020. En sus talleres se formaron muchos de los y las poetas que hoy leemos con emoción.

[FOTOGRAFÍA: JUAN CURTO]

COLECCIÓN **VIDA BANDIDA**

dirigida por Francisco Bitar

Gente del litoral, ilustres o vagabundos.
De ayer, de hoy y de nunca.

V

• • • • editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico-Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.

Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).

Programa de Lectura Ediciones UNL



CEDINTEL



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Laura Kiener y Valentina Miglioli

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

Cumin, Larisa Belen

La calle del Eros / Larisa Belen Cumin. - 1a ed. -
Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral,
2022.

Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera / Analía
Gerbaudo ; . Vida bandida)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-316-3

1. Autobiografías. 2. Crónicas. 3. Biografías.
I. Título.

CDD 808.8035

© Larisa Cumin, 2022.

© de la editorial: Vera cartonera, 2022.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional